



## Capítulo 281 - Eres cruel

El restaurante era discreto, un refugio tradicional en medio del bullicio urbano. Faroles rojos titilaban en la entrada y el aroma a caldo caliente y especias flotaba en el aire. Vergil y Sapphire siguieron a Kaguya por el estrecho pasillo de tatami, donde el sonido apagado de conversaciones y risas creaba un ambiente acogedor.

Vergil vestía un abrigo negro de corte impecable que le llegaba hasta las rodillas. Debajo, una camisa gris de cuello alto realzaba su figura atlética, y unos pantalones oscuros de su talla completaban el conjunto. Su cabello plateado aún presentaba rastros de despeinado, pero esto solo realzaba su presencia intimidante.

Zafiro, a su lado, lucía un vestido color vino que se ajustaba a sus curvas con naturalidad. La fina tela reflejaba la luz ambiental, y una sutil abertura lateral dejaba al descubierto la suave piel de su pierna a cada paso. Su larga cabellera azul oscuro estaba parcialmente recogida, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro con sus refinados rasgos.



Kaguya, por su parte, mantenía su elegante postura con un kimono blanco, bordado con discretos detalles dorados. El obi negro marcaba su esbelta cintura, y su cabello recogido en un moño tradicional le aportaba un aire de sofisticación. A pesar de su compostura, había cierta rigidez en sus movimientos, como si aún estuviera decidiendo qué postura adoptar frente a sus inusuales acompañantes.

El encargado los condujo a una zona reservada, donde los esperaba una mesa baja de madera oscura. Tras acomodarse, el silencio inicial se rompió con el suave sonido del té servido.



"Este lugar tiene una atmósfera interesante", comentó Vergil, observando su entorno.

Kaguya asintió, sirviéndose un té con movimientos delicados. "Es tranquilo... discreto. Frecuentado por gente que prefiere evitar ser el centro de atención."

Zafiro sonrió, tamborileando con los dedos contra el borde de la mesa. "Mmm, entonces es un buen refugio. ¿Vienes a menudo?"

Kaguya dudó un momento antes de responder. "De vez en cuando. El menú es bueno y el servicio es... confiable".

La elección de palabras hizo que Sapphire arqueara ligeramente una ceja.

Los platos empezaron a llegar: sushi artesanal servido en un plato de porcelana, porciones de tempura dorada y humeantes tazones de ramen. La conversación se desarrolló con naturalidad, girando en torno a trivialidades: la calidad del sake, los sabores más llamativos de la gastronomía local, la sutileza de la preparación.

Vergil, con un gesto aparentemente despreocupado, dejó su vaso sobre la mesa y miró la calle a través de la ventana. «Me imagino que mantener el orden en ciertos círculos es complicado... La previsibilidad se ha convertido en un lujo poco común hoy en día».

Kaguya sostuvo los palillos un momento antes de tomar un trozo de sushi. "Depende de cómo te enfrentes a lo inesperado. Algunos prefieren el control absoluto... otros apuestan por la adaptación."





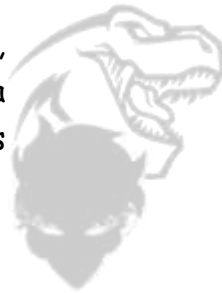
"Interesante", comentó Sapphire, removiendo suavemente el sake en su vaso.  
"Supongo que ves mucho de eso, ¿verdad? Lidar con diferentes estrategias, gestionar intereses contrapuestos..."

Kaguya se relajó un poco y se llevó el vaso de té a los labios. "Es parte del trabajo. Las personas influyentes tienen sus propias maneras de resolver los problemas".

Vergil ladeó levemente la cabeza. «Y algunos deben ser más meticulosos que otros».

Kaguya dejó escapar un pequeño suspiro, casi imperceptible. "Naturalmente."

La cena transcurrió sin prisas. Zafiro dirigió la conversación con fluidez, oscilando entre trivialidades y sutilezas. Kaguya, sin darse cuenta, se había relajado lo suficiente como para dejar escapar algunos detalles. Pequeños gestos, pausas y elecciones de palabras revelaron más de lo que ella creía.



Cuando por fin se vació la última copa de sake, Zafiro apoyó la barbilla en la mano, con un brillo de satisfacción en los ojos. «Ha sido una velada agradable».

Vergil simplemente sonrió, haciendo girar la taza entre los dedos. Y Kaguya no tenía ni idea.

Vergil hizo girar la copa vacía entre sus dedos; sus ojos plateados reflejaban la suave luz de las linternas. Una discreta sonrisa se dibujó en sus labios antes de murmurar, como si comentara el ambiente de la noche:

"¿Sabías que te estaban siguiendo, Kaguya?"



El kimono blanco de la mujer se movió levemente al alzar la vista hacia él, con sorpresa contenida en su expresión. Pero antes de que pudiera responder, el repentino sonido de algo pesado rasgando el aire captó la atención de todos.

¡BAM!

Dos cuerpos atravesaron la mampara de papel del restaurante y fueron lanzados hacia la mesa, deteniéndose en el aire a pocos centímetros del suelo. Los dos vampiros, con el rostro desencajado por el horror, forcejearon inútilmente contra una fuerza invisible que los levantó por el cuello. Sus pies patearon el vacío, arañándose la garganta como si intentaran tirar de un collar de acero que no estaba allí.

Kaguya permaneció inmóvil, pero sus manos apretaron la tela de su kimono por un instante. Su mirada se movió rápidamente de Vergil a Zafiro, buscando alguna pista sobre lo que estaba sucediendo.

—Qué grosero. —Sapphire suspiró, tomando tranquilamente un trozo de sushi—. No me gusta que me espíen mientras como.

Vergil ladeó ligeramente la cabeza, observando a los vampiros retorcerse como marionetas descontroladas. Su sonrisa permaneció inalterada, pero el brillo frío en sus ojos dejaba claro que no estaba nada molesto; de hecho, parecía divertido.

—Supongo que son conocidos tuyos, Kaguya —preguntó, con una voz serena que contrastaba con la brutal escena que tenían ante ellos.

Respiró hondo antes de responder, manteniendo la postura rígida. "No los reconozco".





Vergil movió un dedo y los vampiros fueron arrastrados aún más arriba, con los huesos crujiendo bajo la presión. Uno de ellos logró emitir un gruñido ahogado antes de que el aire comenzara a escapar de sus pulmones.

"Eso lo hace interesante", dijo, casi con naturalidad.

El restaurante permanecía en un silencio opresivo. Para entonces, los pocos clientes presentes ya se habían escabullido, temerosos de involucrarse en algo que les excedía por completo.

Zafiro cruzó las piernas, observando a los dos vampiros como si fueran piezas rotas en una partida de ajedrez. "No huelen a Alucard... ¿verdad?"

Vergil no respondió de inmediato, pero el agarre invisible se intensificó y los ojos de los vampiros comenzaron a girar. La vida se les escapó como arena entre los dedos.



Kaguya finalmente habló, con voz firme pero controlada. «Si ese es el caso, quizás sería prudente escucharlos antes de aplastarlos como insectos».

Vergil parpadeó lentamente y, con un chasquido de dedos, los cuerpos cayeron al suelo como muñecos sin cuerdas. Los vampiros se ahogaron, intentando aspirar aire con avidez.

"Convincente", dijo, inclinándose hacia adelante. "Muy bien. Habla. Ahora".

Los dos vampiros tragaron saliva, temblando. Sabían que la muerte ya les había rozado el cuello.



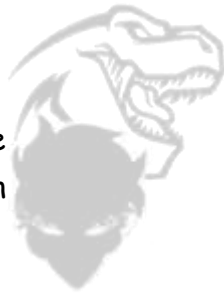
Los dos vampiros se arrastraron por el suelo, tosiendo mientras intentaban recuperar el aliento. La mirada de Vergil los fulminaba como la hoja de una guillotina a punto de caer. El silencio en el restaurante era sofocante.

Uno de ellos, aún temblando, intentó hablar, pero su voz salió entrecortada, un chillido ronco que apenas formaba palabras. Tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—N-nuestro amo... Nos pidió... —Se detuvo, mirando a Vergil, a Zafiro y luego a Kaguya, como si buscara una salida invisible—. Nos pidió que siguiéramos a la criada personal de Alucard.

La tensión se intensificó. Kaguya permaneció inmóvil, pero sus manos, ocultas bajo las largas mangas de su kimono, se tensaron.

Zafiro levantó una ceja y lanzó una mirada discreta a Vergil antes de murmurar, casi como si estuviera aburrida: "Qué gracioso. Parece que alguien subestimó tu discreción, Kaguya".



La mujer no respondió, mantuvo su rostro impassible.

Vergil apoyó la barbilla en una mano y esbozó una leve sonrisa. "¿Y qué clase de amo te pide que sigas a una simple doncella?" Su voz era tranquila, pero con un peso inconfundible.

El otro vampiro, más nervioso, se encogió al darse cuenta de que Vergil lo estaba observando. Tartamudeó, intentando articular algo coherente. "¡N-no lo sabemos! ¡Solo seguimos órdenes!"



"Ah..." Vergil suspiró y, con un movimiento casi perezoso de la mano, la fuerza invisible agarró de nuevo a uno de los vampiros, levantándolo unos centímetros del suelo. La desesperación en los ojos de la criatura aumentó al instante.

—Pregunté el nombre de tu amo —repitió, con una voz fría e implacable.

El vampiro jadeó, intentando resistir la aplastante presión que apretaba su cuerpo, pero al final cedió. Dragamir

iD-Dragamir! —gritó—. iV-Vladislaus Dragamir! iNos envió! Zafiro intercambió una mirada con Vergil, y su sonrisa se acentuó.

"¡Qué conveniente!", comentó, apoyando la cara en la mano. "Parece que nuestra cena trajo un postre inesperado".

Vergilladeó ligeramente la cabeza hacia Kaguya, observándola con curiosidad. "¿Sabías eso?"



Mantuvo la compostura, pero sus ojos brillaron un instante. "No. Pero ahora tengo curiosidad".

El vampiro aún retenido por el poder de Vergil forcejeaba, con los ojos muy abiertos, mientras su compañero permanecía inmóvil, completamente abrumado por el miedo.

Vergil dejó escapar un suspiro divertido, apoyando la barbilla en la mano. Su mirada fría y precisa analizó a los dos vampiros caídos como si fueran simples insectos aplastados. Luego sonrió con picardía. "Bueno... creo que hay que recoger la basura, sea cual sea la ocasión, ¿no?"





Zafiro se movió con la gracia de un depredador saciado, levantando la mano mientras una llama carmesí se elevaba de la punta de sus dedos. El fuego se estremeció, latiendo como si estuviera vivo, como si anhelara lo que estaba a punto de suceder.

Giró los dedos en el aire, dejando que la llama danzara entre ellos, antes de soplar suavemente. El aliento era casi un susurro, pero conllevaba una sentencia de muerte.

La primera chispa rozó la piel de los vampiros como un beso ardiente. Uno de ellos dejó escapar un gemido ahogado de dolor, con los ojos abiertos como platos mientras el fuego se extendía por su carne como gusanos hambrientos. En un instante, su piel comenzó a ennegrecerse, crepitando y retorciéndose a medida que las llamas se extendían.

El otro vampiro intentó arrastrarse, pero antes de que pudiera siquiera gritar, las llamas lo consumieron. Su cuerpo se convulsionó violentamente, sus músculos se contrajeron en espasmos mientras el calor insoportable lo envolvía.



"¡AaaaAAAHhhh! ¡NO! ¡NO, POR FAVOR! ¡AH, HAZME LO QUE SEA, ¡PERO APAGA ESAS LLAMAS! ¡MÁTAME DE OTRA MANERA!"

Los gritos no eran solo de dolor, sino de horror visceral. Su carne se licuó, goteando en grumos humeantes al suelo. Los huesos comenzaron a brillar con un tono rojizo, como metal fundido en la forja de un herrero. El olor a carne quemada llenó la habitación, denso y nauseabundo, haciendo imposible que nadie ignorara la agonía que sentían.

Uno de ellos forcejeaba frenéticamente, con las manos reducidas a muñones carbonizados mientras su mandíbula intentaba moverse, como si aún pudiera implorar clemencia. Pero lo único que salía de su garganta era un gorgoteo; sus cuerdas vocales ya estaban reducidas a cenizas.





El segundo vampiro ni siquiera tuvo fuerzas para gritar mucho. Su rostro ya no era reconocible, solo un cráneo ennegrecido cubierto de carne derretida. Su última expresión fue de pura desesperación antes de que su cabeza se desplomara en un montón de cenizas humeantes.

Zafiro observó la escena con una leve sonrisa en sus labios, sus ojos parpadeando como brasas en la oscuridad.

"Tan frágil...", murmuró, haciendo un delicado movimiento con los dedos. Las llamas restantes danzaron en el aire antes de desaparecer, dejando solo un par de manchas negras en el suelo y el asfixiante olor a muerte.

Vergil ladeó la cabeza, satisfecho. «Al menos sirvieron para algo, aunque solo fuera para entretenernos».

Vergil volvió la mirada hacia Kaguya; sus fríos ojos reflejaban el resplandor rojizo de las llamas moribundas en el suelo. El denso olor a carne quemada aún flotaba en el aire, sofocante, mezclado con el humo negro que se elevaba de las cenizas de los vampiros incinerados.

Kaguya permaneció inmóvil, como intentando convencerse de que no era real. Su rostro permaneció neutral, pero sus manos, ocultas bajo las largas mangas de su kimono de seda blanca, estaban tan apretadas que le temblaban los dedos.

Virgilio se dio cuenta.

—Kaguya —llamó en voz baja, pero su voz contenía un matiz de amenaza implícita—. ¿Qué tal si vas a informarle a tu amo sobre lo que ha pasado aquí?





Sonrió, una sonrisa que no pertenecía a un ser humano, sino a un demonio jugando con su presa. El tipo de sonrisa que hacía que el instinto gritara corriendo.

Kaguya sintió un escalofrío que le recorrió la espalda como si garras de hielo le arañaran la piel. El corazón le latía con fuerza en el pecho y, por un instante, no pudo respirar.

'iM-monstruos...!'

La palabra resonó en su mente mientras su cuerpo se encogía instintivamente. Se le cerró la garganta y el estómago se le revolvió violentamente. La sensación opresiva que la rodeaba era abrumadora, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

Un temblor involuntario le recorrió las piernas y sintió que sus músculos flaqueaban. La presión era tan intensa que, si no se hubiera obligado a respirar hondo, se habría desplomado allí mismo.

Pero lo peor fue el calor húmedo que se extendió por sus profundidades por un terrible instante.

'No... aquí no...'

El horror se apoderó de su cuerpo al comprender lo que casi había sucedido. La vergüenza y el miedo se mezclaron en una tormenta en su interior, pero tragó saliva y se esforzó por mantener la dignidad.

Ella no podía debilitarse ahora.





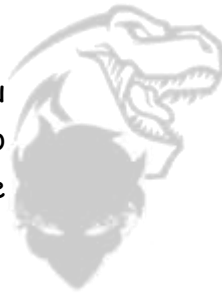
Kaguya respiró hondo, forzando a sus piernas a moverse. Sus pasos eran calculados, rígidos, como si caminara por un campo minado. Su mirada evitó la de Vergil y Zafiro, pero incluso sin mirarlos directamente, sabía que les divertía su estado.

"Disculpe..." Su voz salió baja, pero firme. Necesitaba salir de allí antes de que su cuerpo la traicionara aún más.

Vergil solo inclinó levemente la cabeza, observándola con cruel fascinación, mientras Sapphire se cruzó de brazos, su sonrisa divertida nunca vaciló.

La criada de Alucard se dio la vuelta, intentando mantener su postura impecable, pero la verdad era clara: Le habían metido suficiente miedo.

Zafiro soltó una risa grave, casi melódica, mientras se servía más sake en su vaso. Sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y algo más peligroso. Hizo girar la bebida suavemente, observando cómo el líquido danzaba antes de llevarse la copa a los labios.



—Eres cruel. —Su voz tenía un tono de diversión, pero también de aprecio.

Vergil sonrió de lado, reclinándose ligeramente hacia atrás con la misma indiferencia depredadora de un lobo después de un festín. Hizo girar su propia copa entre los dedos, observando los últimos restos de sake como si fueran irrelevantes.

"¿Vas a decirme que no te gusta?" Su pregunta llegó con una certeza inquebrantable, casi desafiante.

Zafiro se lamió la gota que le quedaba de los labios antes de sonreír; sus ojos brillaban como rubíes bajo la luz parpadeante del restaurante. "Me encanta."